

Este joven narrador español de 29 años, nació en París —Francia— y reside en Barcelona. La escritura representa para él un modo de conciliar la riqueza de sus raíces caribeñas y españolas. Ha publicado cuentos de ficción en antologías como *Qué me estás contando* en la Editorial Hijos del Hule e *Historias Verdaderas* en Silva Editorial. Fue el ganador del premio "Relatos de viaje de 2007", organizado por vagamundos.net, así como finalista de otros certámenes.

Johari Gautier Carmona

(Barcelona, España)

Octavo Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

GRAVE ERROR EN VENECIA

Comefé un grave error en Venecia, o mejor dicho, una sucesión de leves errores que acabaron socavando espantosamente mi credibilidad y mi reputación. No fueron voluntarios, un error nunca lo es, pero sí es verdad que una mentira vergonzosa los desencadenó y ese embuste podría haberse evitado. No lo niego. Me cuesta admitirlo, aunque sea un hecho incontestable, pero no tengo talento para seducir una mujer, nunca lo he tenido y es una aptitud que dudo pueda ser mejorada algún día. Me cuesta encontrar el tono y el asunto que me permita acercarme a ellas sin verme luego ignorado o humillado descontroladamente, y el caso que les



voy a exponer es, posiblemente, uno de los peores en los que he llegado a encontrarme.

Todo empezó cuando advertí la presencia de María Jessica Romero del Valle en el primer curso del módulo de sociología aplicada a la comunicación y a las distintas formas de expresiones de una sociedad. Se trataba de un módulo experimental que acepté crear tras la insistencia de mi subalterno, Salif Bambara, un admirable inmigrante africano y gran conocedor de la sociología, siempre entusiasta con las nuevas experiencias y deseoso de atraer a nuevos alumnos. Sólo llevábamos unos cuantos meses trabajando juntos, después que, en plena investigación sobre la correlación entre la Globalización y los hábitos de los ciudadanos, le ofrecí una plaza de profesor asistente. A partir de su ingreso en la Universidad Autónoma, Salif no paró de avasallarme con propuestas y experimentos. Todos insólitos e interesantes, no hay que negarlo, y yo los acogía con diversión. La sociología puede ser una materia apasionante y ese fuego brillaba en los ojos de mi subalterno.

“La sociología está en todo, en todas partes”, sostuvo él alegremente, sabiendo que yo estaba de su lado. Ciertos planteamientos son incuestionables. El hombre me convenció del interés de relacionar la sociología con el arte o los medios de comunicación y del impacto notable que ello tendría sobre los alumnos. Para fortalecer su argumentación mencionó varios estudios de Pierre Bourdieu y Panofsky que leyó por la noche anterior de un tirón, con el apremio y la ilusión de quien cree que va a cambiar el mundo. Siempre ha sido una persona muy innovadora y arriesgada, intré-

pida y exigente. Acepté su idea con incertidumbre, quizás algo de perplejidad, porque finalmente mis conocimientos en el arte eran limitados, y siguen siéndolo, pero me dejé tentar por su motivación y su ilusión. Empezamos ese nuevo módulo concentrándonos en el arte egipcio, africano y griego. Más tarde dijimos que abordaríamos el arte renacentista y moderno en Europa. La idea era que Salif se hiciera cargo del módulo en su gran mayoría porque él era realmente el que conocía el Arte y el que más curiosidad había demostrado hacia esa expresión social. Yo sólo debía intervenir en algunos puntos claves de la psicología social y de la evolución histórica.

He de confesar que después de lo que me sucedió tuve algo de rencor hacia él, porque si este módulo no hubiese existido no me habría metido en esta situación grotesca. María Jessica Romero del Valle se hallaba en la primera fila, tan fresca y tan natural, luciendo sus elegantes pendientes rojos que hacían juego con su vestido de flores y sus zapatos finos. Me percaté de su presencia al iniciar la presentación del módulo, titubeé ligeramente al comprobar la negrura de su cabello azabache, la frescura de cada uno de sus movimientos y el orgullo que emitía su cuerpo recto y delicado, y luego traté de despegar, en vano, mi mirada de sus manos y piernas delicadas. Comprendí rápidamente que era imposible ignorarla, que ella era como una droga para mis ojos, porque se asemejaba a la obra maestra de Leonardo Da Vinci en el museo del Louvre, tan refinada y tan única. Traté de descubrir otras personas en las filas traseras, busqué el respaldo de Salif a mi lado, pero no pude borrarla de mi pensamiento y me dejé llevar por la corriente. Le sonreí abiertamente, le pregunté su nombre en plena presentación del módulo, en medio de la audiencia. Nunca lo había hecho antes pero desde que Salif me ayudaba con las



clases había ganado en confianza y en espontaneidad. “¿Usted cómo se llama?” “¿María Jessica Romero del Valle? Su nombre me suena conocido. ¿Es artista?”. Pero ella sólo sonrió. No dijo nada y me dejó solo con mis palabras, con mis pensamientos, desconcertado e intrigado.

La misma noche Salif me llamó para comentarme el inicio del módulo y enseguida deduje que su intención era informarse acerca de esa muchacha. Me molestó unos segundos con su acento africano gracioso, siempre melódico y risueño, sobre lo que él consideraba un “chispazo” a primera vista. Lo fue, asentí confusamente, y más adelante le expliqué que nunca había visto una mujer tan bella y orgullosa, tan inocente y maliciosa a la vez. Suave y cruel. Eran sensaciones muy distintas que se entrelazaban. No sabía muy bien qué decirle y lo único que logré expresar fue mi desesperación sentimental. Era verdad que llevaba meses y años tratando de encontrar la pareja perfecta, pero mi miedo al compromiso y mis malas costumbres de célibe incorregible habían arruinado gran parte de las oportunidades que habían surgido. Qué debía hacer: ¿Ser serio y mantenerme lejos de esa alumna? ¿O atreverme a curtila e invitarla a tomar algo? Éticamente, no sabía si un profesor podía implicarse en una relación amorosa con una alumna. No es una respuesta fácil. Los que se basan en teorías y piensan siempre fríamente suelen ser tajantes y rechazar este tipo de conductas pero y ¿si se tratara de la mujer de mi vida? ¿Y si me doy cuenta que entre mis alumnos se encuentra mi media naranja?

La respuesta de Salif fue, como siempre, muy pragmática: Haz lo que sea mejor para ti y para la asignatura en general, yo apoyaré cualquiera de tus decisiones siempre cuando la hayas madurado seriamente. Ese comentario me pareció muy interesante pero, finalmente, no me ayudaba

para nada. Era como una de esas numerosas frases que se pueden leer en los libros de auto-ayuda, siempre muy bonitas y musicales pero realmente inútiles a nivel práctico: "Si escuchas tu corazón, evitarás dolores de cabeza" o "la felicidad está en las pequeñas cosas". ¿Pero cómo se diferencian las grandes de las pequeñas y que pasa cuándo las pequeñas se transforman en grandes?

El día siguiente llegué con las ideas claras: pensaba seducir a mi alumna, María Jessica Romero del Valle, y hacer lo posible para salir con ella. No podía dejar escapar esa posibilidad. Podía ser la última en esta vida y, además, esto no podía tener efectos notables para la continuidad del módulo. Eran sólo beneficios: para mí, para ella y para quien sea que se diera cuenta de que en esta vida un profesor puede ser muy feliz con su alumna. Por eso llegué con más motivación y energía que nunca. Asumí de inmediato el liderazgo del módulo, pese a haber acordado lo contrario con Salif, pero él no se lo tomó mal. Es muy sabio y cerebral. Enseguida percibió mis carencias afectivas y mis necesidades hormonales. Aunque tenga un título de Doctor en la Universidad Autónoma de Barcelona, aunque todo el mundo pronuncie mi nombre —Antonio Ballesteros de la Peña— con consideración, soy antes de todo un ser humano, soy un hombre que necesita afecto y compañía. Él lo entendía mejor que nadie porque había sufrido la soledad del exilio, la dura explotación en las obras de construcción y el desprecio de las autoridades. Él sabía que uno solo no puede vivir. Uno desea compartir su intimidad con una persona, despertarse por la mañana con ella y hablar con ella de sus ilusiones o de sus inquietudes.



Inicié esa clase con un esfuerzo único, solicitando la ayuda de Salí en los aspectos que desconocía. Abordé los temas de la estética, de la evolución ideológica, el influjo del público y de los grupos sociales en el arte, mencioné a unos cuantos autores famosos, Arnold Hauser y Frederick Antal, y aunque en algunos momentos sentí que me aventuraba por unos caminos arriesgados, sentí que mi discurso tenía efecto. Sentí que la audiencia me escuchaba y durante todo el tiempo de la clase observé esa musa, María Jessica, tomando notas, respirando lenta y serenamente, pasándose una mano suave por su cabellera larga y ondulada. Qué belleza y armonía. Sus zapatos verdes ahora hacían juego con el color de su blusa y de su pantalón estrecho. Todo había sido estudiado.

Llegó el fin de la clase y ahí fue cuando me atreví a pronunciar su nombre: María. ¿Tiene usted un instante? Me contestó que sí, con una sonrisa misteriosa, no sé si espontánea o forzada. El hecho es que se acercó y ahí le repetí lo del día anterior. Su rostro me suena, creo haberla visto en otra clase. Ella alzó los hombros con un gesto cándido, creo que no me quería herir. Le pregunté cuál era su especialidad y me respondió: Historia del Arte, el arte italiano y renacentista. Ahí es cuando pronuncié la gran mentira, esa mentira que me obligó a cometer varios errores seguidos. Un embuste de novato. Le dije que el Arte Italiano era mi especialidad, que soñaba con él, que quise ser un artista en mi lejana juventud y ella sonrió. Me alegré al ver esa sonrisa tímida porque, aunque me sentía ridículo, estaba dispuesto a todo para conocerla.

—¿De dónde es usted? —le pregunté.

—De Venezuela —me respondió ella.

Advertí en ella la hermosura latina y esa cierta inaccesibilidad que lo encandilla todo. Me contestó con un tono melodioso, tan melodioso que casi me desmayo ante ella, pero logré encontrar el aire para hacerle mi oferta:

—Dispongo de dos billetes para ir a Venecia este fin de semana —le dije sin atreverme a mirarla, no tanto por el miedo a ser deslumbrado pero más bien porque me estaba jugando toda mi reputación de profesor formal y respetuoso—. ¿Usted se atrevería a viajar conmigo a la capital del arte renacentista?

La respuesta fue inesperada. Algo osada. Ella me fascinó primero con su dentadura perfecta, blanca y armoniosa, durante unos segundos. No sabía si su silencio se debía a su timidez o algún tipo de malicia, pero luego su respuesta me lo aclaró todo.

—¿Y por qué no? —dijo ella— ¿Me invita usted?

He de confesar que, después de tantas negativas, de tantas huidas por parte de mujeres desconfiadas, ya me había preparado para lo peor, incluso la bofetada, pero su respuesta positiva me sacudió totalmente.

—¿De verdad? —clamé yo con un aire desconcertado—. ¿Está segura?

—Claro que sí —insistió ella—. ¿Ha estado en Venecia alguna vez?

—Sí, me encanta —mentí otra vez—. Verá, le gustará. Es un paraíso.



Tuve que comprar los billetes corriendo por Internet. Me costaron una fortuna pero la recompensa podía ser enorme. El fin de semana se acercó a gran velocidad y la intriga creció con la misma intensidad. No pensé en prepararme especialmente para el viaje, con lecturas expertas, porque consideré que mi mentira se produjo en un momento de seducción y que, al fin y al cabo, el principal motivo de nuestro viaje era la chispa naciente. El amor escondido. Ése fue mi primer grave error después de la mentira porque al embarcar en el avión, cuando yo pensaba que ya empezaríamos a hablar de temas íntimos, ella me sobrecogió con una pregunta técnica.

—¿Sabe de cuántos islotes está formado Venecia, Doctor Ballesteros?
—expresó ella con un aire inocente.

—Llámemme Antonio —respondí tratando de eludir el tema y de crear un ambiente de confianza—. Espero que con este viaje podamos conocernos más.

Ella sonrió con esa dulzura que potenciaba su atracción y enseguida siguió con esa viveza que la caracteriza.

—Espero también conocer algo de Venecia.

—Claro que sí, no se preocupe. Yo le explicaré todo escrupulosamente para que se sienta satisfecha.

—Entonces, dígame de cuántos islotes está formada Venecia.

Ahí fue cuando sonreí estúpidamente y me di cuenta que debería haber leído alguna guía de Venecia antes de irme de casa. Soy irrepara-

ble. Era obvio que esa mujer no iba a soltarme hasta que le diera una respuesta. Además de ser hermosa, era astuta e insistente. Extrañamente, la noté menos inocente e impresionable que en mi curso.

—Pues... Es evidente —contesté fingiendo una seguridad insuperable—. Venecia es una sola isla o un gran islote como prefiera verlo.

Ella me miró dubitativamente. Sus grandes ojos de azabache me fulminaron con tal fuerza que sentí una primera ola de sudor brotar de mi frente. Qué difícil es encarar a una belleza en su estado más puro y tener que aguantar sus desaires.

—¿Está usted seguro de haber estado en Venecia, Doctor Ballesteros? —me preguntó ella irónicamente—. Le digo esto porque cualquiera que ha ido sabe que está compuesta de casi ciento veinte islotes y de más de trescientos puentes.

Los nervios me fallaron y sentí un leve tic en el ojo izquierdo. Traté de controlarlo pero se expandió por toda mi cara y pude notar mi labio superior moverse de un lado para otro sin hacerme caso.

—Mire que despistado soy —manifesté empapado de sudor—. Y eso que he viajado a Venecia en varias ocasiones. Es como mi segunda casa.

El error del avión fue rápidamente olvidado aunque mi camisa de seda tardó bastante tiempo en secarse. Ese es uno de mis mayores problemas: en cuanto me encuentro en una situación delicada, mis nervios fallan y acabo temblando o sudando abundantemente.



La misma noche de nuestra llegada, justo en la recepción del hotel, ella puso en evidencia mi siguiente grave error: la reserva de la habitación.

—He reservado una habitación doble a nombre de Ballesteros de la Pena —dije tranquilamente al recepcionista ante los ojos desconfiados de María.

—¿Una habitación doble? —clamó ella incrédulamente.

—Sí, ha oído bien —expliqué tratando de mantener la calma—. He reservado una habitación doble.

—Si va a Roma haz como los romanos —expresó irónicamente la venezolana dirigiendo una sonrisa al recepcionista atónito—. Veo que usted se adapta muy bien. Se comporta como Giacomo Casanova en Venecia.

Ahí es cuando metí, una vez más la pata y quise que la tierra me tragara.

—Pero María —dije con ese tono sarcástico y pueril que me avasalla en las situaciones difíciles—, Giacomo Casanova era de Génova y no de Venecia si recuerdo bien.

—Usted, Doctor Ballesteros —zanjó resolutamente la bella mujer—, es un pendejo de primera clase. Un payaso —la mujer se llevó las dos manos a su cintura con un gesto aleccionador que duplicaba el efecto de su hermosura—. Para su información, Casanova fue un aventurero veneciano famoso por sus romances, ciento treinta y dos en total, por haberse rodea-

do de personas como Voltaire y también por su vasta producción literaria. Entiendo que usted, Señor Ballesterero, no ha tenido tiempo de leer su autobiografía.

Quise contestarle algo pero ya notaba una oleada de sudor perlar en lo alto de mi frente. Traté de tragar mi saliva pero la repentina reseque-
dad de mi garganta me causó una tos violenta. Cuando ya hallé la fuerza para responderle, ella cerró todas las discusiones con un anuncio resolutivo.

—Mire señor —dijo ella hablando con el recepcionista—, déme una habitación a parte y sirva a este señor una copa de *Martini*.

El siguiente error, quizás el más grave de todos, se produjo el día siguiente, después de una severa lucha interna que mantuve para tragar el indigesto sabor de la humillación. Pasé una noche inaguantable, la peor de mi vida sin duda, pero por la mañana volví a levantarme con la fuerza de quien quiere ganarlo todo y realmente pensaba conquistar el corazón de esa mujer imprevisible. Me gustan las conquistas difíciles aunque siempre acaban siendo imposibles.

Me senté a su lado para desayunar y el perfume fresco de su fragancia me hizo soñar. Después de mi terrible noche de insomnios y lamentaciones, cualquier indicio de su presencia me hubiera hecho fantasear. Ella me contó lo bien que había dormido, me comentó el perfecto estado de la cama y, viendo su recta y fina espalda, comprobando la vitalidad de sus formas, no tuve otra alternativa que creerlo todo. Me sentía horriblemente incómodo. Era como si ella me estuviera haciendo un favor al concederme el derecho de sentarme a su lado.



Nos pusimos de acuerdo para visitar de buena mañana la Basílica de San Marcos, caminando por los innumerables puentes y callejones de la ciudad. Llegamos a contemplar la belleza del Puente de Rialto, del Puente de los Suspiros, la increíble vista de la Iglesia de San Giorgio Maggiore en la isleta del mismo nombre para luego terminar con la vista de la Plaza San Marcos y su hermoso campanario.

—Qué espectáculo tan lindo —expresó ella con la dulzura que anima la voz de las mujeres latinas—. Es posiblemente la basílica la más bella del mundo. Qué preciosidad.

—Sí —asentí tímidamente, temiendo una pregunta pertinente y comprometedor—. Es realmente maravillosa.

Ella se detuvo frente a la fachada principal de la basílica, me miró un segundo, y lo que había de llegar llegó. Era evidente que María Jessica Romero del Valle quería comprobar mis conocimientos en el Arte Italiano. Quería averiguar si realmente era mi especialidad y yo lo temía desde que empezamos a caminar, pero no dije nada para tratar de mejorar nuestra relación. Finalmente, lo que siguió fue una ráfaga de preguntas desconcertantes a las que traté de responder dignamente.

—Señor Ballesteros —pronunció ella melifluamente—. ¿Usted sabría definirme el estilo de la parte superior de la fachada?

—Bueno —dije carraspeando y buscando las palabras adecuadas—, es un estilo renacentista.

—No señor —me corrigió ella enseguida con un tono regañón—. Es un estilo gótico florido veneciano.

Sonreí y fingí recordarme del término pero eso no pudo evitar que el sudor manara de mi frente como una catarata en plena montaña. Quise desaparecer al instante, que me tragara la tierra pero lamentablemente esa mujer estaba lista para ponerme en mi sitio.

—Le voy a perdonar Señor Ballesteros, cualquiera puede equivocarse, aunque se trate de su especialidad —dijo ella con ese tono dominante y creído que me desquiciaba profundamente—, pero dígame por lo menos si las ilustraciones de la parte inferior son pinturas o mármoles?

La miré penetrantemente mientras riachuelos de transpiración bajaban por mi rostro y humedecían mi ropa. Observé como ella se deleitaba con esta situación humillante y decidí sincerarme con ella. Esta situación no tenía arreglo.

—María —expresé humildemente—. No sé nada de arte Italiano. Lo reconozco —Ella sonrió—. Hice todo esto porque me sentía atraído por usted. Lamento haberle mentado. Me siento muy incómodo aquí, tratando de hablar de arte cuando no sé ni siquiera cómo se sostiene un pincel en la mano.

Ella me escrutó sin decir nada. Escuchó todas mis imploraciones sin interrumpirme, mis excusas y mis adulaciones. Se sintió seguramente halagada por mi sinceridad pero eso no impidió una respuesta inflexible por su parte.



—Mire Señor Ballesteros, la verdad es que valoro la sinceridad pero usted empezó con una gran mentira —me miró en los ojos largamente con un sentimiento de compasión—. Noté desde el principio que usted no conocía nada de Arte Italiano pero quise darle una lección. Ahora por favor sigamos la visita.

Tragué todo mi orgullo y, cabizbajo, seguí los pasos de mi alumna. Qué situación más ridícula. Quizás no supe convencerla de que mi iniciativa partía de una buena intención, de una voluntad tácita de enamorarla, que lo único que buscaba era conocerla. Me resigné ante su cruel enseñanza y procuré observar la belleza de Venecia (que visitaba por primera vez).

Por la noche, solo en la cama de mi habitación doble, no pude evitar de llamar a Salif Bambara, mi subalterno, y desahogarme de toda la tensión que había acumulado durante el día.

—Todo esto es tu culpa —le dije—. No deberíamos haber iniciado este módulo de sociología aplicado al arte. ¿Para qué? Ahora me encuentro en una situación absurda, en medio de Venecia con una alumna impertinente que prefiere recluirse en su cuarto antes de estar charlar con su profesor y disfrutar de la vida—me detuve un instante y en el fondo pude escuchar a Salif Bambara que trataba de calmarme—. Ya no me hago cargo del módulo. No puedo. Supongo que lo entiendes.